

## Reseñas

VÍCTOR PÉREZ DÍAZ, *La primacía de la sociedad civil*, Alianza Editorial, Madrid, 1993. Incluye bibliografía extensa e índice analítico, 395 pp.

En su reciente libro *La primacía de la sociedad civil*, el sociólogo español Víctor Pérez Díaz presenta en seis capítulos su teoría de la sociedad civil, “entendiendo ésta como una entramado relativamente complejo de instituciones (mercados, asociaciones y esferas públicas) y conectado con una tradición histórica de varios siglos” (p. 12).

Se trata de un libro construido sobre uno anterior —*El retorno de la sociedad civil*—, pero en el que se han introducido cambios importantes y el autor se ha centrado en los temas de la democracia, Iglesia, economía, regiones, obreros, empresas y sindicatos.

Comentaremos, primeramente, los capítulos dedicados a temas más específicos y dejaremos para el final el capítulo II, pues en él expone el autor su teoría de la sociedad civil. Esta teoría es el eje vertebrador de su visión de la realidad social española.

En el capítulo I expone Víctor Pérez el tema de la emergencia de la España democrática. Su punto de partida es la afirmación de que

en el transcurso de una generación España se ha transformado en un Estado democrático y liberal, su economía ha pasado a ser la propia de un país moderno y capitalista y la sociedad española se ha convertido en una sociedad plural, tolerante, ampliamente secularizada [...] (p. 23).

El paso ha sido grande porque 50 años antes España mostraba, con Franco y el Estado franquista, características diametralmente opuestas.

El autor señala varios hitos en este proceso de transformación: el pacto con Estados Unidos y el concordato con la Santa Sede (1953), el giro crucial de la economía alrededor de los años sesenta, la renuncia al sueño de una España autárquica. Comenzó así el intercambio intenso e imparable con el “exterior”. España entró en una experiencia masiva de aprendizaje (p. 28), que afectó a las instituciones económicas, sociales y culturales.

Estas nuevas tradiciones sociales, desarrolladas durante los últimos 20 años del franquismo, hicieron posible la consolidación democrática al conjugarse con una nueva tradición de *cultura política* (p. 35); es lo que Víctor Pérez califica como la “invención” de la España democrática.

En la España contemporánea ha surgido una “nueva tradición que es una constitución institucional y cultural deliberada, resultado del esfuerzo de los españoles, con la aplicación de las lecciones de nuestra propia experiencia” (p. 36).

En este proceso, la política ha desempeñado un papel integrador. La Constitución de 1978 es un símbolo de la reconciliación de la España dividida y es el resultado de un pacto entre la izquierda y la derecha.

Pero esta “tradición” no ha surgido como una simple copia de los modelos occidentales. Ha sido preciso un *ajuste* de esos modelos a las circunstancias españolas y a la memoria de la guerra civil.

La comprensión plena de todas las dimensiones involucradas en tan complejo cambio presupone que se considere al Estado, como gestor de la vida política, no sólo como un agente de dominación, sino también como un foco ejemplar de la sociedad. La tesis clara de Víctor Pérez es que “la atención sistemática a esta segunda dimensión dramática, simbólica y afectiva del Estado es crucial para entender no sólo la transición a la democracia en España, sino también el funcionamiento posterior de la misma” (p. 41).

La pregunta clave que formula el autor es cómo explicar el éxito de la transición española a la democracia. Su respuesta implica el manejo de cuatro factores principales (p. 56): las tradiciones de la sociedad civil, una cultura política que subraye su papel integrador, la aquiescencia de los militares en aceptar un papel limitado y la habilidad de los políticos para aprender de los factores anteriores. Ahora bien, para que estas condiciones actúen de hecho, o, en otras palabras, la tradición tenga éxito, se requiere la existencia previa de una *sociedad civil* con un grado significativo de desarrollo.

Mostrar cómo se ha ido realizando esa institucionalización de la democracia liberal española en diversas zonas de la sociedad civil es el objeto concreto de los capítulos siguientes.

En el capítulo III se toca el tema espinoso de la Iglesia católica. En mi opinión es el artículo más logrado, dada la dificultad del tema, por su penetración, clarividencia y tersura en los enjuiciamientos.

El núcleo del capítulo consiste en mostrar cómo la Iglesia española, a pesar de su tradición integrista, ha realizado la *acomodación* necesaria para insertarse en el proceso de democratización. Víctor Pérez ve el núcleo de esta acomodación en una serie de negociaciones simbólicas e institucionales que tuvieron lugar entre la Iglesia, el Estado y la sociedad civil durante los años cincuenta y sesenta. Negociaciones terriblemente difíciles no sólo porque el carácter monopólico de la Iglesia española se apoya en el hecho histórico de que España fue el bastión de la Contrarreforma, sino porque “la victoria nacionalista en la guerra civil supuso un intento sistemático de realización de los ideales de la contrarreforma en pleno siglo XX” (p. 161).

Este último punto es tan importante que Víctor Pérez insiste y se explaya en mostrar que sólo entendiendo la tragedia de la guerra civil española y el contraste entre las experiencias de la Iglesia en las zonas republicana y franquista cabe comprender los decenios siguientes (p. 169).

No es posible seguir paso a paso todos los argumentos de Víctor Pérez. El lector juzgará hasta qué punto el autor incurre en un excesivo optimismo al

interpretar la apertura —en nuestra opinión, coyuntural— de la jerarquía católica como si se tratara de un cambio más bien estructural.

El capítulo IV está dedicado al tema de las regiones y de la economía. Se parte del supuesto de que las sociedades capitalistas avanzadas de hoy pueden enfrentarse con un problema de gobernabilidad cuya solución depende de la capacidad de sus gobiernos para resolver determinados problemas básicos (p. 226).

Varios países han intentado la resolución de los problemas mediante “mesogobiernos”. Se estudian dos tipos de éstos: los de naturaleza territorial y los de naturaleza económica.

Un aspecto importante, subrayado varias veces, es que en un Estado liberal el acuerdo de construir un sistema de mesogobiernos precisa contar con el apoyo de la población. El tema álgido a este respecto es el de los gobiernos regionales en España, entre otras razones porque el nacionalismo franquista pretendió la integración de vascos y catalanes negando sus “sentimientos nacionales” (p. 237). Gran parte del artículo se dedica a analizar acuciosamente este tema. El resultado de todo el largo proceso de deliberaciones fue que las clases políticas, nacional y regionales, a través de diversos pactos, establecieron un sistema de articulación entre los gobiernos central y regionales.

En opinión de Víctor Pérez parece que hasta el momento los pactos autonómicos han reforzado el grado de integración regional (p. 249). Por tanto, se exponen detenidamente los sistemas de mesogobiernos regionales y económicos hasta llegar a una sólida evaluación del funcionamiento de ambos. La conclusión es que el nuevo régimen y la nueva clase política lograron su legitimación no por las fuentes típicas weberianas, sino resolviendo o reduciendo la gravedad de los problemas sin olvidar que el apoyo del público a los mesogobiernos fue continuo, sistemático, decisivo e imprevisible.

Los últimos capítulos están consagrados a las incertidumbres y ambivalencias de los trabajadores y de sus sindicatos. En el capítulo V se comentan los resultados de varias investigaciones empíricas realizadas por el mismo autor entre 1978 y 1984. Los cuestionarios tocan puntos como la actitud de los trabajadores hacia la empresa, la visión obrera de los sindicatos y la acción colectiva. Las relaciones entre los obreros y los sindicatos se profundizan en el último capítulo. Los comentarios se formulaban tomando a Europa como contexto de referencia y analizando dos dimensiones: las incertidumbres estratégicas de los sindicalistas y las actitudes ambivalentes de los trabajadores (p. 335). La conclusión, en buen romance, es que los trabajadores, los sindicatos y los partidos socialistas “no pudieron sino seguir una estrategia de adaptación *de facto* al capitalismo”.

Volvamos al capítulo II para captar la matriz teórica de la que surge el argumento central de Víctor Pérez. Ante todo se clarifica el concepto de “sociedad civil” contraponiéndolo frontalmente con el Estado. La sociedad civil incluye tanto la esfera pública como los mercados y las asociaciones voluntarias, que constituyen un sistema de cooperación y de competencia, el cual a su vez abarca una amplia variedad de áreas de vida y dispone de un alto nivel de auto coordinación.

Tras analizar largamente la relación entre Estado y sociedad civil, tanto desde un punto de vista histórico como teórico, se pasa a discutir en profundidad las versiones hegeliana y marxista de la sociedad civil. El argumento desemboca en un planteamiento histórico, pero concreto: la Europa posterior a la segunda guerra mundial (p. 102).

En esa Europa se implantó, con diferencias nacionales, el Estado intervencionista, desarrollista o keynesiano. Víctor Pérez encuentra la explicación de la supervivencia de este Estado durante varias décadas en el éxito aparente de los experimentos que llevó a cabo. La integración social económica, la reducción de la distancia cultural entre las clases medias y las clases trabajadoras, el creciente compromiso entre las clases (debido en parte a los cambios experimentados por los sindicatos) y, finalmente, la alternancia de los gobiernos.

Esta integración, sin embargo, se desdibujó en los años sesenta, “aunque las turbulencias dejaron intactas las bases fundamentales de las sociedades occidentales” (p. 109).

El reto más serio llegó a mediados de los setenta, con la crisis económica. Sin embargo, no hubo una crisis radical del Estado liberal y democrático, ni en Estados Unidos ni en Europa occidental. Más aún, tampoco hubo una crisis radical de la típica combinación occidental del Estado de bienestar y de la economía de mercado.

Víctor Pérez estima que la verdadera crisis radical vino al final de los años ochenta, pero no en las sociedades liberales, sino en las socialistas. En ellas se combinaron las crisis de legitimidad con la de acumulación del socialismo. En los países democráticos se dio la convergencia entre los problemas económicos y una multitud de movimientos sociales (ecologista, feminista, estudiantil, etc.), pero, en la opinión del autor, la crisis económica de mediados de los setenta sí fue un reto más serio para el orden establecido.

En las páginas siguientes, Víctor Pérez analiza las medidas creadas en los países centrales para superar la crisis: es el reinado neoliberal, cuyas fórmulas tuvieron pleno éxito en esos países. Estas páginas resultan por demás interesantes para conocer la solución “pacífica exitosa” de la crisis en los países centrales gracias a la aplicación de medidas antinflacionarias y a la creciente flexibilización del mercado del trabajo.

A pesar de las diferencias nacionales, lo básico para el argumento del autor es subrayar que todos los experimentos compartieron un rasgo común en cuanto que todos pretendían “la ampliación de la esfera de intervención de la sociedad civil en la organización de las actividades económicas” (p. 119). De ahí la compatibilidad fáctica entre socialdemócratas y neoliberales, cuyas políticas públicas se han confundido con frecuencia, pero sin olvidar que, gracias al éxito de las políticas económicas neoliberales en Estados Unidos y en Inglaterra, han sido precisamente las políticas e instituciones neoliberales las que se extendieron por toda Europa, incluyendo los países gobernados por partidos socialistas.

En opinión del autor, el rasgo común de todos estos enfoques neoliberales fue ofrecer mayor poder a la sociedad civil. Esto se traduce en un mayor grado

de libertad para los individuos, libertad que parece incrementarse en momentos de crisis. La consecuencia lógica es una mayor integración social, la cual a su vez es “el resultado de las decisiones de los individuos por observar las reglas que hacían viable aquel orden extenso y por respetar las tradiciones y las comunidades correspondientes”.

En conclusión, nos hallamos ante un libro extremadamente útil para comprender la actual situación española. No es preciso estar siempre de acuerdo con las interpretaciones propuestas por el autor. Pero Víctor Pérez Díaz ha tenido la innegable destreza de elaborar una interpretación clarificante y sugerente del actual momento político español apoyado en estudios de caso interpretados a veces con magistral penetración.

En México este libro adquiere matices especiales. No en vano la Iglesia católica, la economía neoliberal y la democracia constituyen, como en España, tres factores clave de la transición mexicana. Sin olvidar, por otra parte, que Víctor Pérez —como buen europeo contemporáneo— ni siquiera menciona a América Latina para afinar su argumento.

José A. Alonso

Cholula, 30 de agosto de 1944

ELSA MUÑIZ, *El enigma del ser. La búsqueda de las mujeres*, UAM Azcapotzalco, México, 1994

En este reciente texto, la autora nos invita a reflexionar sobre dos aspectos primordiales del feminismo: el movimiento feminista y las feministas. Mediante un discurso ameno nos relata el surgimiento del feminismo como movimiento tanto en Europa como en Estados Unidos y México. Aun cuando existen estudios anteriores sobre la historia del movimiento feminista, en este estudio se realiza una vinculación de la historia del movimiento feminista con las corrientes filosóficas en boga, por lo cual no sólo encontramos los hechos de la historia ya contada por otros autores, sino una reinterpretación que relaciona el análisis histórico con tres aspectos primordiales: cultural, político y filosófico.

El movimiento feminista impulsado por las feministas europeas y estadounidenses son el trasfondo a partir del cual Muñiz reinterpreta la historia del movimiento feminista en México. La autora señala la influencia de los ideales de la Revolución francesa (libertad, igualdad y fraternidad) sobre las demandas de las mujeres, así como la influencia del marxismo en el feminismo socialista y la del existencialismo en el feminismo de la posguerra.

El caso de México resulta ser el “laboratorio” donde analiza la historia del movimiento feminista, las influencias y los contextos cultural, político y filosófico. Otro aspecto es que concreta su análisis en “la feminista” que conforma y crea el movimiento feminista mexicano. Esto es muy importante, pues nos

habla no sólo de un movimiento, sino de quien lo impulsa, es decir, las mujeres concretas que viven situaciones y contradicciones específicas.

En la historia del movimiento feminista en México nos hace referencia a la influencia del liberalismo y la normatividad sobre el matrimonio en el siglo pasado, el cual aplaude la igualdad pero sólo a partir del “deber ser” de las mujeres y de los hombres en la sociedad de ese momento. Señala la influencia del anarquismo por conducto de las mujeres que militaban en el Partido Liberal Mexicano y sus esfuerzos por vincular su actuación con la lucha revolucionaria. La autora señala la importancia de estas mujeres, quienes contribuyeron a desmitificar el papel de las mujeres en la Revolución mexicana y a verlas ya no sólo como la “compañera del revolucionario”, sino como participantes directas en el movimiento; incluso hace referencia a las mujeres que laboraban en la industria textil y del tabaco, y su participación activa en las huelgas. En esta heterogeneidad del hacer de las mujeres también destacan las acciones emprendidas por las maestras, primordialmente las rurales.

Muñiz distingue dos vertientes principales que se gestaron en el movimiento feminista durante el periodo posrevolucionario. Una, la de aquellas feministas cuya demanda primordial era la igualdad de derechos entre hombres y mujeres, y luchaban por la igualdad jurídica y el derecho al voto, y, la otra, que luchaba por los derechos laborales de las mujeres y a una vida digna. Estas posiciones se presentaban como principales contradicciones entre las feministas.

Una de estas que resalta Muñiz se expresa cuando un ala del movimiento feminista fue cooptado por el partido en el poder, conformando, como cualquier otra organización, la “base social del partido”; así da inicio a lo que Muñiz denomina la “institucionalización del feminismo”. Este último hecho, explica la autora, da lugar a que en 1953 se logre el derecho al voto sin “una movilización que respaldara la demanda”.

Respecto al ala no oficial del movimiento feminista, señala que desde la izquierda el movimiento feminista no deja de ser visto como elitista y pequeño burgués, pero estas feministas en sus demandas ya protestaban por la carga que representa el trabajo doméstico para las mujeres.

Esta escisión del movimiento feminista dio lugar a que en 1975, Año Internacional de la Mujer, con sede en México, se realizara en forma paralela un “anticongreso”. Con esto la autora nos muestra la heterogeneidad en el origen y posiciones que conforman el movimiento feminista mexicano. Diferencias que no soslaya cuando menciona las contradicciones de clase, de preferencia sexual, de nacionalidad y de posición política en la participación de las mujeres.

Los diferentes Encuentros Feministas Latinoamericanos y del Caribe le sirven de marco para mostrar estos contrastes entre las feministas provenientes de varios países. Sin embargo, también le sirve para mostrar los distintos planteamientos feministas en los encuentros, situándolos en un contexto histórico: la forma en que las demandas y perspectivas se modifican. Así, nos menciona que actualmente, dentro del movimiento feminista, han cobrado cada vez más importancia los temas relacionados con la paz y el desarrollo.

El movimiento feminista también es visto a partir de las formas de organización específica de las mujeres, como los pequeños grupos de autoconciencia, que tuvieron auge a fines de los setenta. Menciona que esta práctica permitió a las mujeres socializar su experiencia personal con el fin de transformar la opresión cotidiana; se trataba de un “feminismo hacia adentro”, individual. Muñiz nos muestra las contradicciones y la forma en que dejan de tener vigencia estos grupos, y cómo cobra impulso el “feminismo hacia afuera”, donde “la visión individual que aflora por la autoconciencia debe contener una perspectiva de transformación y compromiso colectivo”.

La vinculación del movimiento feminista con las mujeres del movimiento popular urbano a lo largo de la década de los ochenta dio lugar a una “recomposición del movimiento feminista”.

Sin embargo, no describe a este último a salvo de contradicciones, sino que menciona las diferencias que detecta entre las militantes que conforman el movimiento, diferencias basadas en la discriminación por motivos de clase, de escolaridad, de preferencia sexual; además, persiste la diferencia que ya existía en los grupos de autoconciencia, es decir, entre las llamadas “teóricas” y las “activistas”.

Después de haber permeado los avances y retrocesos del movimiento feminista a partir del grupo, Muñiz se dirige hacia “la feminista” y señala, coincidiendo con Lagarde, que “hacerse feminista” es un “proceso personal de concientización” que da lugar a que se comience a vivir un proceso de cuestionamiento y contradicción constante entre los cánones ya establecidos y la elaboración crítica de una concepción del mundo en diferentes espacios.

Parte de considerar que quienes conforman y hacen el movimiento feminista, las militantes, son de carne y hueso. Se trata de mujeres que viven un proceso de concientización sobre lo que significa la discriminación, lo que da lugar a que se sitúe desde una perspectiva diferente en relación con ella misma y con los “otros”. Vive un proceso de cambio en los espacios que constituyen su entorno, como el movimiento, la familia y la sociedad. Los esfuerzos de las feministas por resolver esa contradicción da lugar a que se adopten actitudes individuales que se vuelven “estereotipos feministas” en el vestido y en el comportamiento, y que incluso se recurra al esoterismo como una forma de evadir la problemática que genera el “proceso personal de concientización”. Por otro lado, en la familia las feministas viven un conflicto de madre-hija-esposa, además de que se enfrentan a la doble y triple jornada de trabajo. Y en la sociedad, las feministas se encuentran en un espacio donde en general son ridiculizadas por transgredir la norma. Muñiz reivindica a las feministas señalando que son las “revolucionarias de la vida cotidiana”, porque, ya sea en las universidades, en el movimiento popular o en la familia, “cuestionan el papel asignado a las mujeres”.

En el proceso personal de concientización, que denomina Muñiz “la construcción del ser feminista”, distingue tres etapas, que culminan con la búsqueda de la identidad; la búsqueda de “nuevas maneras de hacer el mundo” desemboca en la necesidad de reelaborar las relaciones de género, y, dentro de ésta, la sexualidad, la maternidad, la violencia, etcétera.

Con lo anterior, la autora nos muestra que el feminismo es un movimiento que forma parte de un proceso histórico filosófico, que refleja las contradicciones imperantes en las relaciones de género. Pero, además, nos lleva hacia las mujeres que han conformado el movimiento: las feministas, deteniéndose en la historia individual del sujeto y de su búsqueda de una identidad no subordinada.

Ma. de la Luz Macías V.

MIGUEL GARCÍA REYES Y MARÍA GUADALUPE LÓPEZ DE LLERGO, *Cuba después de la era soviética*, El Colegio de México, 1994, 300 pp.

Asociada a las tres décadas más intensas de la guerra fría, la historia que generalmente se acepta sobre la Revolución cubana durante el periodo que se inició desde su triunfo en 1959 es, en gran parte, una historia de creciente dependencia económica y militar con respecto a la Unión Soviética.

Se podría agregar que también estuvo presente una enorme dependencia tecnocientífica y hasta cultural, en una relación que se mantuvo hasta finales de 1991, cuando dejó de existir la mayor potencia del Este europeo y del socialismo mundial.

Desde esa perspectiva de dependencia múltiple, fomentada por intereses ideológicos concretos, muy poco espacio se ha dedicado a estudiar profundamente otros factores, objetivos y subjetivos, también presentes y actuantes desde antes de 1959 y hasta la fecha, que explican hoy la sobrevivencia del primer Estado no capitalista de América.

En el libro *Cuba después de la era soviética* se hace evidente, de muchas maneras, la necesidad de contar con nuevos enfoques, menos tradicionales, para el abordaje más calificado de la problemática situación cubana. Parecería que, muy distantes de la extrema izquierda en la defensa del país caribeño, como "territorio libre de América, tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos", los autores plantean la necesidad de una visión completa e "imparcial". Por lo tanto, más que en presupuestos resultantes de algún escenario teórico, basan su análisis en las condiciones "objetivas" derivadas del reforzamiento del bloqueo económico impuesto por Estados Unidos, el virtual abandono en términos de ayuda por parte de la Comunidad de Estados Independientes y los efectos del Periodo Especial en Tiempos de Paz que hoy rige en la isla.

Ciertamente, como señala Humberto Garza Elizondo en la presentación del libro, uno de los países que resintió de manera inmediata la desaparición del Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME) fue Cuba. Muy válido sería razonar que los países agrupados en ese bloque económico de tendencia socialista eran con los que Cuba mantenía 85% de su comercio internacional, y, hoy por hoy, la isla tiene que enfrentarse a graves problemas de intercambio desigual que no existían en el trato preferencial, o privilegiado, que recibían

los países de menor desarrollo relativo, miembros de esa organización. Sin embargo, a esa línea teórica Garza Elizondo contraponen otra. Así, plantea que Cuba estaba acostumbrada a los subsidios y a los precios preferenciales que le otorgaban tanto la URSS como los países socialistas europeos y, a partir de ese criterio mucho más político, simplifica análisis y anticipa conclusiones sobre la nueva estrategia de desarrollo de este país tercermundista para afirmar:

Sin petróleo, sin máquinas herramientas y sin alimentos que antes le enviaban tanto la URSS como los países europeos, el gobierno cubano también se vio en la necesidad de promover la entrada de capitales extranjeros, incluidos aquellos provenientes de los países de América Latina que ahora, en las nuevas condiciones de abandono, volvía a ser el "territorio natural" de Cuba.

Afortunadamente, una visión menos condicionada por estos reproches discutibles y mucho más completa es la de los autores del libro. Sus razones de introducción del objeto de estudio *Cuba después de la era soviética* son, entre otras, las siguientes:

1) Todo parece indicar que para finales de este milenio predominarán en el sistema internacional la multipolaridad, la regionalización de la economía y la hegemonía militar de Estados Unidos.

2) En este sentido, se puede decir que se trata de un orden profundamente interdependiente, en el cual cada uno de los actores, ya sea de manera individual o en grupo, tienen ante sí el reto de elaborar estrategias político-económicas eficaces que les permitan coexistir de manera pacífica y lucrativa con el resto de las naciones del planeta.

3) Es inevitable que en estas nuevas condiciones de multipolaridad los países de la Comunidad Europea, así como Japón y Estados Unidos, se preparen para avanzar en un proceso de integración con sus vecinos más próximos. Su propósito es constituir sus respectivas asociaciones de libre comercio para poder enfrentar en el futuro los retos que les depara una próxima lucha de bloques. Estas naciones líderes seguramente determinarán en el próximo siglo las perspectivas de la comunidad internacional en su conjunto.

4) A su vez, las naciones en vías de desarrollo, las cuales atraviesan por una situación altamente vulnerable debido al deterioro económico que tuvieron en la década de los ochenta, tratan de adecuarse a los imperativos del actual sistema internacional con el objetivo de complementar sus ventajas comparativas, tanto entre ellas mismas como con los países más desarrollados.

5) Uno de los elementos que permitió en los últimos años la consolidación de la tendencia hacia la regionalización (globalización) de la economía internacional fue, sin duda, el desmoronamiento del mundo socialista.

Esta suerte de contrapunteo, o tránsito de viejos a nuevos enfoques, está presente en varias partes de este polémico libro, que muestra, en efecto, controvertidas opiniones sobre un asunto bastante complejo y de gran actualidad para América Latina y los países del llamado Tercer Mundo. Es innegable su valor de confrontación y estímulo al debate.

Partiendo de evaluar “objetivamente” las relaciones económicas internacionales, el comercio exterior y las “cinco estrategias de desarrollo” de la Revolución cubana, el libro abre nuevos caminos cuando se esfuerza en proporcionar múltiples elementos basados en una paciente investigación de fuentes informativas diversas de la exUnión Soviética y Cuba, con la que se pretende explicar desde un ángulo más amplio la trayectoria de la economía cubana en el periodo revolucionario, sus repercusiones políticas y sociales, internas y externas, así como sus contradicciones y obstáculos, para terminar examinando, con criterio propio de los autores, las causas de la actual “marginación y aislamiento de la comunidad internacional” de este importante país latinoamericano y sus posibilidades de “reubicarse dentro del nuevo contexto internacional”.

Por supuesto, ésta no fue tarea fácil. Sin restarle valor a esta investigación pertinente, no dejan de ser lamentables diversos errores y omisiones menores, derivados seguramente del tiempo disponible para el examen detallado de la formidable masa de información que respalda algunos de los análisis. Lo anterior, que se da tanto en nombres como en fechas, resulta dispensable pero debe enmendarse en las siguientes ediciones del libro. En todo caso, es un mérito que se argumenten, con muchas fuentes de órganos oficiales, con datos y cifras de los dos países, muchos de los criterios y puntos de vista defendidos por los autores. En el mismo orden de ideas, abundan en informaciones frescas sobre la nueva orientación de la política exterior de Cuba en materia comercial, tanto con sus antiguos aliados como con otras regiones. Y es en este empeño que se producen tales imprecisiones.

Así, el Periodo Especial en Tiempos de Paz es denominado Programa en ocasiones; al dirigente Carlos Lage se le identifica unas veces como el tercero y otras como el cuarto funcionario en la jerarquía del Estado cubano; igualmente, a Juan Escalona, expresidente de la Asamblea Nacional, se le denomina Juan Escalante; al referirse a uno de los más importantes procesos de los ochenta unas veces se le llama correctamente Rectificación de Errores y Tendencias Negativas pero otras se dice Rectificación de Errores y Profundización del Socialismo; al periódico *Hoy* se le confunde con una revista; al Partido Comunista de Cuba se le llama Partido Comunista Cubano; no se precisa dónde el embajador de Cuba en México habló de 40% de incremento de la economía cubana en 1992; evidentemente no son 170 los centros de investigación científica en Cuba donde 400 científicos trabajan en la obtención de proteínas, anticuerpos, hormonas, enzimas, vacunas y fertilizantes, etcétera. Sin embargo, pueden dispensarse cuestiones de este corte en el contexto de una rica información, enorme en volumen, que a la vez trata de ser amena y casi periodística.

Dispensando definitivamente estos problemas menores, procede recapitular y preguntarse: ¿cuál es la ganancia neta que ofrece este libro? En tal sentido puede afirmarse que lo valioso es, en primer lugar, el intento de ofrecer una visión sureña, algo menos prejuiciada o prepotente y mucho más realista que otras sobre lo que sucedió o está sucediendo en Cuba. A la vez, como segundo aporte, se ofrece una nueva imagen, de lujo en el detalle, sobre las relaciones

comerciales Cuba-México correspondientes a la etapa más reciente en el desempeño económico de la isla. Se comenta ampliamente la apertura cubana hacia la inversión extranjera, especialmente latinoamericana, en los marcos de una integración oportuna y mutuamente ventajosa.

En lo teórico, es cierto que el libro no dice nada nuevo cuando se insiste en demostrar que siempre existen factores internos y externos extraeconómicos, sobre todo de tipo político, determinantes en el presente y en el futuro de las inversiones foráneas en cualquier país. Tampoco hay novedad en consignar la necesidad de unión de los países en desarrollo para enfrentar la dependencia múltiple que padecen. Al mismo tiempo, es notorio que los autores no siempre conjugan bien sus métodos de investigación y exposición. En tal sentido, el lector puede reclamar a este trabajo que menos de 75% de su extensión se dedica a concretar ejemplos de “saber cómo” aprovechar la complementariedad de las economías latinoamericanas sobre la base del capital humano de Cuba y de México, especialmente en la provechosa proyección conjunta hacia el mercado del Amplio Caribe, que agrupa más de 200 000 000 de habitantes. Por otro lado, se habla poco de la utilización múltiple del potencial tecnocientífico de los dos países en ventajosos esfuerzos de integración en algunas producciones destinadas a la exportación. No menos importante es que no se hacen explícitos los vínculos con los nuevos enfoques en el aprovechamiento de los recursos naturales disponibles en la dirección de impulsar un desarrollo sustentable en América Latina y el Caribe, etcétera. Además de las ventajas comparativas, que sí se detallan, un tratamiento de estos aspectos enriquecería los argumentos de motivación al inversionista extranjero, incluso al amigo mexicano.

No falta en el libro otro grupo de conceptos —que giran alrededor de un aspecto básico para el entendimiento de la situación cubana— que los autores muestran con mucho énfasis, ya que con demasiada frecuencia se ha condicionado el estudio de las posibilidades de inversión extranjera masiva en Cuba al derrocamiento del actual gobierno. Esta tendencia histórica se pronuncia aún más en los años noventa, justamente después de la aprobación de la Ley Torricelli y del reforzamiento del bloqueo económico por Estados Unidos. En otras palabras, se habla en Miami con la intermitencia de los sucesos políticos del gran potencial de negocios que se podría generar en Cuba una vez que comience la era “posterior a Castro”, que se ubica en distintos horizontes temporales. También ocurre así en otros espacios geográficos. De todo esto y más se ocupa el libro, pero, con bastante objetividad, centra su atención en los hechos, en el contexto histórico y en los antecedentes reales desde 1982, e insiste en caracterizar las ventajas de la inversión extranjera en un país como Cuba, con oportunidades que ya existen en la actualidad y con áreas potenciales que se están creando para estas inversiones.

Todo esto no obliga a los autores a renunciar al énfasis crítico sobre lo que consideran obstáculos internos y externos, reforzados desde su punto de vista con criterios tan propios y definitivos como cuando, en forma algo irrespetuosa, o al menos poco usual, llegan a afirmar que: “Sin lugar a dudas, Cuba está empeñada en su desarrollo económico, aunque menos de lo que su líder lo está por la conservación de su poder”. Pero, más allá de cualquier subjetivismo, sobresa-

le el afán de reconocer realidades, con el mejor oficio académico. Por otro lado, incluyen entre sus conclusiones las siguientes:

1) Si en política hay cerrazón, en economía se da una apertura casi total. La participación del líder cubano en eventos como la I Cumbre Iberoamericana de Guadalajara, la Reunión Mundial de Medio Ambiente y la II Cumbre Iberoamericana de Madrid tuvo un doble propósito: por un lado, manifestar el apoyo cubano hacia la integración latinoamericana con el fin de estrechar los vínculos comerciales de la región, su mercado natural con miras a sobrevivir el embate económico y político de Estados Unidos; por otro lado, es evidente que Castro intenta cubrir el enorme vacío causado por el retiro de sus socios comerciales del Este europeo. Lo anterior no significa que Castro haya abandonado su determinación por respetar los principios tradicionales del socialismo.

2) En la actualidad Cuba está atrayendo capitales europeo, japonés, canadiense y latinoamericano que está dispuesto a participar en una etapa creadora de economía mixta que, sin abandonar el proyecto socialista, requiere de la redefinición de sus planteamientos tanto en el tiempo como en el espacio mundial.

3) Si la nueva estrategia de desarrollo instrumentada por Castro a finales de los ochenta no coadyuva a la recuperación económica, entonces es factible el colapso total de la economía cubana.

4) El régimen político imperante en la isla no será un obstáculo para el flujo de las inversiones extranjeras.

5) La situación podría mejorar si las autoridades cubanas se deciden por fin a extraer del Estado cubano al Partido Comunista y lo colocan en la sociedad, desde donde podrá luchar por el poder, en igualdad de circunstancias con otras fuerzas políticas, que hoy en día son reprimidas.

En resumen, ¿qué nos deja este polémico libro? ¿cuáles son sus pretensiones finales? Por declaración expresa, no pretende estudiar "la encrucijada política a la que se enfrenta el gobierno casuista". Ahora bien, sin lugar a dudas, adopta una posición bastante original de crítica dura en lo que considera condenable del socialismo cubano, pero, a la vez, confía en la capacidad cubana de no aislarse, sino de reubicarse dentro del nuevo contexto internacional. Por otro lado, invita la ejecución de nuevos estudios sobre el aprovechamiento de los mejores esfuerzos encaminados a lograr una mayor independencia económica de Latinoamérica. Adicionalmente, visualiza potencialidades que surgen en este obligado periodo de transición hacia una economía mundial, cada vez más integrada en grandes bloques económicos y más interdependiente. Y, finalmente, destaca el papel que, al margen de las ideologías, debe cumplir hoy la inversión extranjera como motor de esa economía, identificando un amplio espacio de colaboración existente entre Cuba y México en ese contexto.

Sobre la base de lo anterior, apuestan los autores a que con verdaderos avances en el terreno de las reformas políticas es posible en Cuba que los programas de atracción de capital cobren un impulso definitivo. A fin de cuentas, se pronuncian por reducir turbulencias en las relaciones económicas interna-

cionales y abrir, desde el sur, nuevos espacios a partir de ejercicios apropiados de colaboración que privilegien sobre la soberbia la comprensión en esta era desafiante, promisoría y compleja.

Pedro F. Herrera Molina  
7 de febrero de 1995

MARIO MARGULIS y otros, *La cultura de la noche. La vida nocturna de los jóvenes en Buenos Aires*, Buenos Aires, Espasa Hoy, 1994.

La ciudad de Buenos Aires ha sido tradicionalmente celebrada por su vida nocturna: por sus noctámbulos *cafés*, en los que se dan cita artistas e intelectuales, por sus circuitos de diversión y placer, por sus amplias congregaciones de paseantes que transitan por el centro hasta el amanecer. En Buenos Aires es fácil encontrarse con alguien por azar si se camina por sus calles céntricas a la madrugada. Sin embargo, esta visión de la ciudad —nostálgica, igual que sus habitantes— no deja ver los cambios de forma —y acaso, según se los interprete, de contenido— que en los últimos años ha experimentado la cultura de la noche porteña. Por ejemplo, “en la avenida Corrientes son hoy más numerosos los locales de videojuegos que los cines”.

El libro de Mario Margulis y sus colaboradores de la Universidad de Buenos Aires se ocupa de estas transformaciones. Describe e intenta una interpretación de los cambios en los hábitos y los usos culturales de los jóvenes porteños. El volumen se compone de una docena de trabajos que incursionan por medio de la sociología de la cultura en el mundo de la noche.

Este cosmos nocturno es clasificado para su análisis en cuatro grupos o subculturas que los autores denominan “géneros culturales”. Éstos son: el rock, la discoteca, la bailanta y “los modernos” —este último, una suerte de “nueva bohemia posvanguardista” que surge alrededor de 1988 junto al clima cultural de la Primera Bienal de Arte Joven—. Esta clasificación —si se aceptan las precauciones consabidas, es decir, que toda taxonomía es provisional y aloja intersticios— sirve para una primera descripción del fenómeno que se interpreta, a que —tal como lo explica Margulis en la introducción— existe en muchos de los artículos la pretensión de captar interpretativamente el fenómeno de la noche porteña por medio de una “descripción densa”, según la clásica fórmula de Geertz.

Tenemos entonces un conjunto de trabajos que por momentos practican la etnografía, pero que en su conjunto se ubican en el marco de la sociología de la cultura. Este anclaje se nota en la bibliografía utilizada —Raymond Williams, Giddens, Bourdieu, Maffesoli, son de los más socorridos—. Estas fuentes teóricas se amplían con otras según las preferencias de los artículos, pero en general encontramos algunos tintes acordes con el “género cultural”: en los escritos sobre la bailante se emite un sonido como el del viejo culturalismo marxista

inglés —el de los estudios sobre las lecturas y los lugares de diversión de la clase obrera—; y en los pasajes sobre la disco y “los modernos”, se transporta rápidamente al lector a un *travelling*, en un estilo que evoca a Baudrillard. En general, la utilización de teorías suena veraz; no es un libro de estudios culturales —como podría ser si siguiese la corriente hoy imperante—, sino de sociología de la cultura.

Si bien, decíamos que el libro destaca las transformaciones experimentadas por la cultura de la noche desde una mirada no nostálgica, sí permea a los trabajos presentados un espíritu nostálgico que deviene teoría crítica. Se trata de un espíritu criticonostálgico que, como el de la primera Escuela de Francfort, focaliza sobre los mecanismos de control y de exclusión social puestos en funcionamiento por las industrias culturales. Así, vemos que a lo largo de los artículos resaltan las actitudes racistas por parte de las políticas de selectividad en las puertas de las discotecas, la sumisión al mercado y a las políticas de las corporaciones discográficas por parte de muchos de los músicos de rock, o la banalidad apolítica/asocial de las actuales vanguardias.

Estos temas, que en Argentina hasta ahora eran puestos de manifiesto sólo por cierto discurso periodístico, son tratados a partir del esfuerzo por analizarlos desde categorías de la teoría social. Sin embargo, nos preguntamos hasta dónde el discurso sociológico capta idóneamente estos procesos. La respuesta de los autores, parece leerse, es la de un discurso sociológico no puro, oblicuo, apoyado en otros soportes. Así, se aprecian algunos breves pasajes de Margulis en que la reflexión se torna filosofía de la cultura —por ejemplo, en el contrapunto que se hace entre categorías como cine/disco o noche/juventud— o en el uso de citas que las más de las veces encuentran su inspiración en la literatura.

En fin, es un libro que, mediante información recogida y analizada por métodos sociológicos, se aproxima al sentido de la noche porteña tal como la viven los jóvenes, sus principales habitantes. Y lo hace desde una mirada crítica que no deja de resaltar las formas del dinero y del poder que atraviesan los circuitos de la noche.

No casualmente en *La cultura de la noche*, fruto de los trabajos realizados en un seminario de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, muchas de sus citas evocan a J. L. Borges, alguien que hasta hace poco daba clases en esas mismas aulas de la facultad —aulas que acompañan de cerca a la noche porteña—. De esta cercanía habla este libro, que además testimonia la manera en que los círculos de profesores, investigadores y estudiantes —como los de este libro, pero también otros— conjugan sus prácticas académicas con la ciudad en que viven y escriben.

Esteban Vernik

PEDRO PLANAS, *El 900. Balance y recuperación. I. Aproximaciones al 900*, CITDEC, Lima, 1994, 456 pp.

Luego de caído el velo de ciertas ideologías, en Perú se ha presentado un interesante proceso de indagación en sus tradiciones político-intelectuales, terreno hasta hace poco inexplorado. Un esfuerzo pionero lo representan los dos volúmenes editados por Alberto Adrianzén sobre el pensamiento político peruano.<sup>1</sup> Este proceso de “rescate” de las tradiciones intelectuales y políticas ha permitido establecer cierto campo de comunicación en donde pueden confluir representantes de diversas filiaciones políticas e ideológicas. De esta manera, los cotos cerrados del pensamiento (con sus representantes símbolos) pierden consistencia así como ese carácter monolítico de otrora. Esto se muestra gráficamente en la manera en que se evalúa a aquella generación que hegemonizó la vida política y cultural peruana de este siglo. Me refiero a la llamada generación del Centenario (de la Independencia nacional), a la que pertenecieron figuras tan descollantes como José Carlos Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre, quienes polarizaron de manera decisiva la vida política e intelectual peruana. El socialismo y el aprismo, no cabe duda, se convirtieron en las dos grandes corrientes ideológicas del Perú contemporáneo. Esta hegemonía, empero, revirtió en forma negativa, con altas dosis de sectarismo y dogmatismo, con las cuales otros intelectuales y otros credos no podían tener cabida. Y en sentido contrario, aquellos que reivindicaban banderas ajenas al socialismo o el aprismo no reconocían a éstos como interlocutores. En suma, el desconocimiento mutuo.

Es esto lo que está comenzando a erosionarse en Perú. Ahora es posible apreciar cierta apertura que trae consecuencias significativas. Por un lado, lo menciono a modo de ejemplo, Mariátegui es reconocido como un pensador insertado definitivamente en el bagaje cultural y político peruano. Y esto se puede ver con claridad en los sendos homenajes realizados con motivo del centenario de su nacimiento. Mariátegui ha dejado de ser un referente sólo y exclusivamente de la izquierda.<sup>2</sup> De igual modo ocurre con Haya, el gran líder del aprismo que él fundó. Ahora se trata de un personaje estudiado por intelectuales que se encuentran en posiciones distintas a las que identificaron al caudillo trujillano.<sup>3</sup> Para decirlo de una manera más general, la influencia del centenarismo está dejando de ser hegemónica al abrir nuevas posibilidades de diálogo y comunicación.

<sup>1</sup> Ver *Pensamiento político peruano. 1900-1930*, Desco, Lima, 1985 y *Pensamiento político peruano. 1930-1968*, Lima, Desco, 1990.

<sup>2</sup> Ver los números especiales de *El Comercio*, “La vigencia de Mariátegui”, Lima, 13 de junio de 1994, y de *El Peruano*, “100 años de Mariátegui”, Lima, 12 de junio de 1994.

<sup>3</sup> Ver los trabajos de Pedro Planas, *El joven Haya*, Lima, Okura Editores, 1985, y de Imelda Vega Centeno, *Aprismo popular: cultura, religión y política*, Lima, CISEPA-PUC-TAREA, 1991.

En esta apertura, es justo destacar el creciente interés que ha suscitado el estudio de los proyectos intelectuales de otros pensadores,<sup>4</sup> pero, más específicamente, estoy pensando en un grupo generacional antecesor inmediato al del Centenario, es decir, aquel aparecido en los inicios del siglo XX. Tanto intelectuales que se reclaman herederos de las ideologías socialista o aprista como los que se identifican con los postulados de los novecentistas coinciden en esta revaloración que, para muchos, resulta un (re)descubrimiento. Esto redonda de forma positiva en borrar las fronteras antes infranqueables entre unos y otros. Así, por ejemplo, aparecen trabajos tendientes a resaltar los puentes de comunicación entre novecentistas y centenaristas que a presentarlos como sólo antagonicos y sin ningún tipo de contacto que no sea la confrontación. Esto último prevaleció, indudablemente, debido a las disputas políticas que contenían ambos tipos de pensamiento. A los intelectuales de principios de siglo se les reprochaba su excesivo elitismo, a los del centenarismo se les acusaba de subvertir a las masas.

El hecho de que no sean tan distantes como en algún momento se creyó se debe a que vivieron ambos, novecentistas y centenaristas, una misma época, iniciada con los años traumáticos de la posguerra con Chile y concluida con el enfrentamiento civil entre clases en el poder y expresiones políticas antioligárquicas, especialmente el APRA, en 1932, el “año de la barbarie”.

Si hacemos un rápido listado de temas y preocupaciones, nos daremos cuenta de que tuvieron que absolver dilemas similares, aunque, claro, con perspectivas y proyectos distintos. Podemos mencionar algunos: ambos tipos de intelectuales estaban preocupados por la dependencia de Perú a las potencias extranjeras, lo que los novecentistas llamaban “vasallaje económico” y lo que los centenaristas definirán como imperialismo; otro tema es la identidad cultural: para los primeros será el mestizo que, en un proceso gradual, se blanqueará gracias a las inmigraciones de razas superiores, para los segundos será o bien el indio o bien el mestizo, pero de corte más popular y andino; una preocupación crucial para ambas generaciones será el de la construcción de un nuevo ordenamiento social: para los novecentistas éste se construirá a partir de la concepción justa y virtuosa de una élite directora, para los centenaristas será resultado de la ascensión imparabile de las clases desposeídas; otra preocupación que los emparenta es la de llevar la cultura al pueblo: los intelectuales de principios de siglo conformaron el Consejo Universitario y el Programa de Extensión Universitaria, los intelectuales del Centenario formaron la Federación de Estudiantes del Perú y fundaron las Universidades Populares “Manuel González Prada”. A pesar de que podríamos continuar creo que lo enlistado resulta suficiente para comprender que hay vínculos espirituales y culturales que identifican a ambas generaciones de intelectuales.

<sup>4</sup> Ver Augusto Castro, *El Perú, un proyecto moderno*, Lima, Instituto Riva Agüero-CEP, 1994, y la compilación *Pensando el Perú*, Lima, PREAL, 1992; también, Hugo Garavito, *El Perú liberal. Partidos e ideas políticas. De la Ilustración a la República aristocrática*, Lima, El Virrey, 1989.

Es cierto, no obstante, que las figuras de Mariátegui y de Haya eclipsaron a sus predecesores, pero también lo es que el (re)descubrimiento de éstos, siendo positivo, conlleva un peligro: que el sectarismo adquiriera signo inverso, que cambie de dirección. No se trata de mover a los actores poniendo a los que estaban en la opacidad bajo la luz y viceversa, ocultando a quienes estaban en el centro del escenario para promover un simple remplazo. Lo que debe motivarnos es irradiar la luz lo más ampliamente posible con el fin de que abarque a la mayor parte del escenario. Lo que quiero decir es que el rescate de las tradiciones político-intelectuales implica el reconocimiento de un proceso cultural compartido y que las diferencias, que existen, obviamente, deban ser entendidas al interior de esa trayectoria.

En este contexto aparece un libro valioso, el de Pedro Planas, titulado *El 900. Balance y recuperación...*<sup>5</sup> El título mismo nos informa de la pretensión del autor: realizar una lectura serena de los intelectuales del novecientos y su reinscripción en el debate nacional. En el fondo, anuncia una polémica implícita con Luis Alberto Sánchez, quien en los años treinta escribió un libro con nombre rotundo: *Balance y liquidación del 900*.

El libro de Planas se inscribe, pues, en ese difícil reto que tenemos por delante: la reconstrucción epistemológica que nos permita encontrar nuevas claves para pensar la realidad actual. En él, la recuperación del novecentismo es fundamental, por la enseñanza más importante que nos dejó, esto es, pensar con originalidad.

El libro es extenso (456 páginas) y consta de tres grandes secciones, en cada una de las cuales se aborda a los más destacados intelectuales novecentistas: Francisco García Calderón, Víctor Andrés Belaúnde y José de la Riva Agüero. Además, nos ofrece un índice onomástico y un epílogo (de Eric Castillo). Por ello, es fácil entender que en estas breves notas sólo abarquemos algunos de los puntos que la grata lectura del libro nos deja planteados. Simplemente anotaré comentarios sobre algunos de los temas que me parecen importantes.

Un ensayo que resalta en el conjunto es el que Planas dedica al Partido Nacional Democrático (PND), fundado por Riva Agüero, descendiente de la rancia aristocracia criolla limeña, como consecuencia directa (no inmediata) de la protesta estudiantil de 1911 contra Leguía, exigiendo la liberación de los pierolistas amotinados que pretendieron la dimisión del mencionado presidente en 1909.

El planteamiento principal es que el Nacional Democrático fue un partido programático; que, alejado de las pasiones coyunturales, fue capaz, al menos su núcleo directriz, de elaborar un plan para el Perú de inicios de siglo. Por otra parte, Planas hace hincapié en el alcance nacional y composición pluriclasista del PND, cuestionando la imagen tradicional que de ese partido nos ha llegado, sea por desinformación, tergiversación o desinterés. Finalmente, Planas enfatiza que la conducción del PND recayó en un colectivo dirigente y no en un eventual

<sup>5</sup> Pedro Planas, *El 900. Balance y recuperación. I. Aproximaciones al 900*, Lima, CITDEC, 1994.

protagonismo caudillesco de Riva Agüero, *leader* innato de su generación. Comentaré estas ideas.

Con respecto al primer punto, es cierto lo que señala Planas: el Nacional Democrático fue un partido de carácter programático; pero inmediatamente después de esta afirmación surgen varias interrogantes: ¿por qué lo es?, ¿es este carácter exclusivo del PND? En Perú, ¿qué antecedentes hay?, ¿existen, acaso? Veamos.

Considero que el carácter programático del PND es explicable por su propia composición, especialmente de su directiva. Esto se puede ver con claridad en la misma lista que el autor nos ofrece de sus fundadores. Es decir, la mirada de largo aliento, la imaginación de un modelo de sociedad, el desprecio por la lucha coyuntural, que implica —ante los ojos del intelectual— mezquindades e intrigas, etcétera. Esto se puede ver con igual transparencia, por ejemplo, si comparamos la actitud de Riva Agüero con la forma en que, en el proceso político más reciente, el escritor Vargas Llosa asumió su participación política: como un deber, como un compromiso moral.<sup>6</sup> Pero no es el único caso.

También es posible comparar el carácter del PND con otras agrupaciones formadas por intelectuales: el Movimiento Social Progresista de los hermanos Augusto y Sebastián Salazar Bondy, el Partido Social Republicano de Jorge Basadre y Encinas (otros centenaristas), la propia Democracia Cristiana, etcétera. Lo que subrayo es que es natural el carácter programático de los partidos formados por intelectuales.

Pero esto no es válido solamente para Perú. Por ejemplo, Norberto Bobbio, en términos mucho más amplios, señala que la función política del intelectual es la de agitar ideas, concebir grandes programas, teorías generales, mientras que la tarea del político es la de tomar decisiones.

Por otra parte, ¿el del PND es acaso la primera experiencia de este tipo en la historia peruana? Considero que hay un antecedente fundamental. Me refiero a la fundación del Partido Civil de Manuel Pardo.<sup>7</sup> A través de la concepción que tenían sobre la manera en que debíamos alcanzar el desarrollo y la integración (desarrollo del capitalismo, tendido ferrocarrilero, etc.), en las obras literarias y en los ensayos políticos aparecidos especialmente en *La Revista de Lima* los intelectuales de dicho partido formularon, embrionariamente, una imagen de Perú. La frustración de este núcleo consistió en que este proceso fue interrumpido por el estallido de la guerra con Chile.

Mi interés es llamar la atención sobre un punto: no es muy provechoso estudiar un caso, esta vez el del PND, en sí mismo. Para entenderlo y apreciarlo mejor para poder ejercitar la comparación, es necesario tener en mente otras experiencias. De este modo, y hablando en términos más generales, el caso que tomemos será objeto de un mejor calibramiento en cuanto a su importancia y originalidad. Es decir, el caso que tomemos para el análisis debe inscribirse en

<sup>6</sup> Mario Vargas Llosa, *El pez en el agua*, México, Planeta, 1993.

<sup>7</sup> Al respecto ver Efraín Kristal, *Una mirada urbana de los Andes. Génesis y desarrollo del indigenismo en el Perú. 1884-1930*, Lima, IAA, 1991.

un proceso más amplio, además de ser fieles con el momento político-intelectual de distensión descrito líneas antes. Lo contrario puede recaer en la falta de diálogo tan nefasta que imperó hasta hace algunos años.

Otro aspecto del desarrollo de las ideas de Planas es destacar la estructura nacional y convocatoria a diferentes clases por parte del PND en el Perú de los primeros años del presente siglo. En primer lugar, es evidente el esfuerzo del autor por desmitificar cierta imagen parcializada que ha corrido sobre este partido, para muchos simple apéndice del civilismo dominante y de carácter aristocrático. Lo destacamos. Pero el problema que queda es que, en ese esfuerzo, casi desaparece el intento por definir de un modo sereno el carácter del PND. Por momentos pareciera que se tratara de un partido popular y masivo.

Creo que para ponderar mejor la gravitación del PND hizo falta describir el tipo de sociedad en que apareció y trató de desarrollar su acción. En este contrapunto —PND y sociedad oligárquica— habría aparecido con mayor nitidez el peso específico de este partido. Por ejemplo, preguntas como quiénes estaban legitimados como conformantes de la sociedad en la llamada República Aristocrática, o sobre el tipo de dominación que ejercían las familias oligárquicas, o el tipo de orden social prevaleciente, habrían ayudado en ese sentido.

Al leer las páginas sobre el PND uno se queda con la impresión de que faltó una mejor pulsación de las cosas entre lo que ofrecen los documentos y discursos y la repercusión real que tuvo este partido en la sociedad de su tiempo. Como el mismo Planas lo señala, se trata aún de una investigación en curso, de propuestas tentativas todavía sujetas a mayor profundización y discusión.

Queda aún un último punto. El tipo de conducción que ejerció Riva Agüero. Coincido con Planas en que éste no ejerció su natural ascendencia sobre sus compañeros de partido para imponer las decisiones. Esto se debe en gran parte a lo señalado en algunas líneas anteriores: la manera en que intelectuales afrontan su compromiso político, como docencia, como una cuestión moral muchas veces, siempre principista. Pero a esto, y como consecuencia directa de lo que acabo de decir, hay que agregar un problema interesante por descubrir, esto es, la naturaleza misma de la conducción que ejerció Riva Agüero sobre el PND.

En las mismas páginas del libro de Planas se puede leer el medio que Riva Agüero prefirió para la acción política, lo que fue motivo de sarcásticos comentarios por parte de su amigo Luis Fernán Cisneros y del joven Mariátegui: la palabra escrita. Y esto último llama la atención, pues ¿acaso no fue Mariátegui, en última instancia, un intelectual con inquietudes políticas? Es cierto que hay diferencias entre Riva Agüero y Mariátegui, especialmente en el hecho de que el primero privilegió exclusivamente la palabra como herramienta para horadar en las conciencias de sus contemporáneos, mientras que el segundo unió al verbo la labor organizativa; pero si hay algo que los asimila es la manera en que concibieron la relación entre tiempo y política: el proyecto de largo plazo, la concientización paulatina, la transformación como resultado de un proceso molecular de cambios pequeños. Apuntemos que a Riva Agüero le reprochaban su “futurismo”, es decir, su mirada en el mañana, que él consideraba que iba a ser mejor, y recordemos que, en su polémica con Haya, Mariátegui

era acusado de ser inconsecuente por su inacción, por ser un intelectual. Las comparaciones son valiosas porque nos pueden ayudar, como dije, a calibrar mejor lo que tenemos entre manos.

Ventura García Calderón da testimonio, en su libro *Nosotros*, de cómo agotó la noche tratando de convencer —sin éxito— a Riva Agüero y a Belaúnde de organizar un partido luego del éxito de 1911 (cuando liberan a Riva Agüero, a los amotinados de 1909 y renuncia el ministro de gobierno). El PND se fundaría hasta 1915. O tengamos en cuenta la declinación de Riva Agüero para postularse, en representación de su partido, una plaza por Lima, hecho que Francisco García Calderón la critica por medio de carta personal. Creo que Planas está en la posición más favorable para mostrar mejor el tipo de conducción que ejerció Riva Agüero y las consecuencias que trajo para la posterior vida política de esta agrupación. Y estoy convencido, además, de que las cartas personales que se hallan en el Archivo Histórico Riva Agüero<sup>8</sup> le pueden dar suficientes elementos de juicio y ponderación.

Finalmente, hay un aspecto que quisiera mencionar con cargo a desarrollarlo con mayor amplitud en otra parte. Y es la manera en que Riva Agüero, el PND y toda la generación surgida a inicios de siglo quedaron rezagados respecto a los cambios que experimentaba la sociedad peruana producto del proceso de modernización en ciernes. Esta inadecuación frente a una realidad distinta a la que los había visto aparecer me parece clave para entender su posterior descolocamiento intelectual y político, y, luego, su conservadurismo final. Desde este eje es posible leer con otros ojos su enfrentamiento con Guillermo Billinghurst, Leguía y luego a lo que gruesamente conocemos como centenaristas.

Planas nos ha prometido un segundo volumen, con documentos inéditos y valiosa información. Lo esperamos con ansiedad. Estoy seguro de que suscitará la misma expectativa y simpatía que el libro ahora reseñado.

Osmar Gonzales

<sup>8</sup> Es digno de mencionar el proyecto editorial de sacar a la luz las cartas de Riva Agüero, de las cuales ya salió el primer volumen, correspondiente a la letra "A" (Instituto Riva Agüero-PUC, Lima, 1993).